

EL TRIUNFO DEL TEXTO DIGITAL O POR QUÉ EL LIBRO NO ES UN DINOSAURIO (PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE LAS HUMANIDADES DIGITALES HISPÁNICAS)¹

José Manuel Lucía Megías
Universidad Complutense de Madrid, España

Es un placer poder participar en esta mesa sobre los desafíos del Hispanismo en el siglo XXI, rodeado de amigos y de investigadores a los que admiro. Mil gracias a Gloria Chicote y a los organizadores por darme esta oportunidad de reflexionar sobre el pasado, presente y futuro de las Humanidades Digitales Hispánicas, de cómo se han ido creando, cuál ha sido y sigue siendo su desarrollo en la actualidad, y cuáles pueden ser los desafíos a los que hay que dar respuesta en un futuro a corto y medio plazo. Un reto casi imposible porque todo ello ha de realizarse en unas pocas páginas, como se nos ha pedido. Y el tema daría (y tendría que dar) para varias monografías.

El tema es amplio –aunque lo limitemos al ámbito de la literatura en el universo de las Humanidades Digitales–, pero podemos constatar un hecho si observamos con atención el magnífico programa de las comunicaciones y ponencias del XX Congreso de nuestra asociación: a pesar de que las tecnologías digitales forman parte de nuestra cotidianidad –profesional y personal–, son muy escasas las comunicaciones presentadas que se centran en plantear nuevos recursos digitales, nuevos modelos de edición o análisis de los existentes, con el fin de proponer nuevas vías de trabajo. La accesibilidad a la información –en *corpora* lingüísticos, repositorios y bibliotecas digitales– y la capacidad de difundirla en los medios más tradicionales –en su gran mayoría, digitalizados– se han convertido en dos realidades en nuestra cotidianidad científica. Pero muy lejos de la vanguardia y de la creación de nuevas perspectivas de estudio. Nuestros congresos siguen siendo, en su esencia, analógicos. ¿Hasta cuándo? ¿Es un ejemplo más de los tiempos actuales, o hemos de achacarlo a unas complicidades administrativas y editoriales, estructurales y educativas, que complican el paso del universo analógico al digital, como parece que ya se está consiguiendo en otras disciplinas? El tiempo, como siempre, pondrá las cosas en su sitio. Pero permítanme ahora unos comentarios sobre el pasado, el presente y el futuro de las Humanidades Digitales Hispánicas, o, para ser más exactos, sobre la Filología Digital Hispánica.

1. El pasado: el tiempo de los soñadores

En 1949, el padre Busa, que es considerado por muchos el padre de la lingüística computacional, se presentó ante el presidente de la IBM, Thomas John Watson, con un sueño: crear una herramienta informática que permitiera realizar índices a partir de los nueve millones de palabras de las obras de Santo Tomás de Aquino. En otras palabras: el *Index Thomisticus*. El uso de la informática –y de los potentes ordenadores que se habían perfeccionado en la Segunda Guerra Mundial– permitía soñar con hacer accesible enormes cantidades de información, debidamente estudiada y tratada (de las tarjetas

¹ Este trabajo se inscribe en el marco del Proyecto *Parnaseo (Servidor Web de Literatura Española)* (FFI2014-51781-P), concedido por el Ministerio de Economía y Competitividad.

perforadas se pasó a 56 volúmenes impresos, a los CD-Roms y DVD, y desde el 2005 es accesible en Internet²).

En el ámbito de la Filología Digital Hispánica este sueño hay que buscarlo en el Hispanic Seminary of Hispanic Studies, que creó en 1931 Antonio García Solalinde en la Universidad de Wisconsin en Madison, que tenía como finalidad llegar a editar las obras historiográficas de Alfonso X el Sabio. Para poder cumplirlo, se pensó en la necesidad de crear un Tentative Dictionary of Medieval Spanish, cuyos trabajos comenzaron en 1936, y que dieron como fruto una versión 2 en 1971. Para la realización de este gran proyecto –que nunca ha visto la luz– tuvieron que desarrollarse dos herramientas que han sido muy valiosas: un sistema de transcripción de los testimonios medievales, para que pudiera ser utilizado por los ordenadores, y el BOOST (Bibliography of Old Spanish Texts), que comenzó su andadura en 1975 en papel, y que hoy puede consultarse en red, bajo el nombre de Philobiblon³.

Admyte, de los años 1992, 1993 y 1999, realizado por Francisco Marcos Marín, Charles Faulhaber y Ángel Gómez Moreno al frente de un amplio equipo de filólogos en España y en Estados Unidos es otro de los sueños hispánicos: hacer accesible un amplio corpus de textos medievales... y desde entonces no han dejado de proliferar proyectos de bibliotecas digitales, más o menos científicas, que han permitido la accesibilidad a fuentes primarias y a ediciones en una cantidad impensable hasta el momento mediante otra tecnología. Y esta facilidad de acceso a la información desde cualquier parte del mundo que esté conectado a la Red ha supuesto un gran impulso para nuestros estudios filológicos en las últimas décadas.

Y también por estos años, en concreto el año 1996, contamos con uno de los primeros proyectos en la red que tenía como finalidad el hacer accesible textos y estudios referidos a la Edad Media y el Siglo de Oro; me estoy refiriendo a LEMIR, dirigido por Josep Lluís Canet, que hoy puede seguir consultándose bajo el epígrafe de Parnaseo⁴.

No quiero extenderme en tantos otros proyectos y grupos de investigación⁵ que nacieron en los años noventa o en la última década del siglo XX. Me interesa, sobre todo, mostrar cómo aquellos años lo eran de gran entusiasmo y en una fe ciega en los resultados que a corto plazo tendría el uso sistemático de la informática en nuestros estudios humanísticos. Un entusiasmo y una fe que contrastaba con los mensajes apocalípticos de los defensores del libro analógico y de los métodos tradicionales de acceso, uso y difusión de la información textual. Fueron años convulsos llenos de rivalidades y de incomprensiones; años en que sabíamos que algo estaba sucediendo y algo estaba por suceder. Valgan estas conclusiones de un artículo que publiqué en el año 1998 (“Editar en Internet”, *Incipit*, XVIII), para darnos cuenta del ambiente de sueño y esperanza con que dejamos un milenio para adentrarnos en el vértigo de inaugurar otro:

Estamos llamados en los próximos años a descubrir las posibilidades que la Red ofrece a la crítica textual, más allá de la simple acumulación de textos en bibliotecas telemáticas y de la digitalización de las ediciones creadas y pensadas para su difusión en papel; en otras palabras, estamos obligados en los próximos años a aceptar el reto que este nuevo medio de difusión nos plantea; obligados a crear nuevos modelos de ediciones críticas en donde, al tiempo que se mantienen los principios teóricos en que se sustenta la ecdótica (y que este nuevo medio de difusión no modifica), se ofrezcan al lector una serie de materiales interrelacionados, que van desde la propia imagen de los testimonios conservados, las transcripciones de cada uno de ellos, como una peculiar manera de comunicar el texto crítico con su aparato tanto de variantes como lingüístico.

² <http://www.corpusthomicum.org/it/index.age> (fecha de consulta: 29 de enero de 2020).

³ https://bancroft.berkeley.edu/philobiblon/index_es.html (fecha de consulta: 29 de enero de 2020).

⁴ <https://parnaseo.uv.es/> (fecha de consulta el 29 de enero de 2020).

⁵ Como por ejemplo: SIELAE (Seminario Interdisciplinar para Estudio de la Literatura Áurea Española): desde 1992; Hermeia: Estudios literarios y tecnologías digitales (1999-2000) o LETTHI (Literaturas españolas y europeas del texto al hipermedia): UCM: desde el curso 2000-2001.

La Red, de este modo, abre a la crítica textual un nuevo campo de investigación; un nuevo medio en el que poco a poco tendremos que ir creando nuestro propio lenguaje y nuestra propia técnica. La informática no es un sustituto de ninguna ciencia, sea esta la filología o sea esta la medicina, por poner solo dos ejemplos. La informática ha creado por una parte instrumentos y materiales en los que puede apoyarse el juicio del editor y por otra, gracias a Internet, un nuevo medio de transmisión con unas posibilidades que el tiempo y nuestros esfuerzos científicos pondrán en sus justos límites. Todo lo demás, por más que algunos sueñen con el mecanicismo como sinónimo de cientifismo, no es más que cantos de sirenas, cantos –en la mayoría de los casos desentonados– que no invalidan, en ningún caso, ninguno de los principios teóricos ni ninguno de los resultados prácticos de la ciencia de la crítica textual que llevamos más de un siglo perfeccionando.

2. El presente: el tiempo de los titanes

La imagen que nos han dejado los últimos años del siglo XX es la de territorios enfrentados: el territorio analógico frente al digital; un territorio amenazado por nuevos modos de generar, difundir y conservar información frente a los cantos de sirena de los tecnólogos que veían en lo digital la solución a todos los problemas (los existentes y los venideros). En este contexto territorial, de enfrentamiento –del que todavía quedan algunas brasas– nació la metáfora de “nativos digitales” y de “inmigrantes digitales”.

Pero la gran revolución digital estaba todavía por llegar, y no se realizó como consecuencia de los proyectos de digitalización, de creación de bibliotecas textuales, la exploración de las posibilidades del hipertexto o de la literatura digital, sin olvidar la web semántica, en la que habíamos cifrado el desarrollo de las Humanidades Digitales por aquellos años, sino que nació del “uso digital”, es decir, de los jóvenes receptores que se sentían defraudados por el “uso tradicional” que hacíamos de las herramientas que se nos ponía en nuestras manos. El “receptor” tomaba la voz cantante, frente a la cultura del “autor” que se había impuesto en el universo de la escritura analógica en los dos últimos siglos. Hemos de situarnos alrededor del año 2004, y del nacimiento de la web 2.0, del nacimiento de las redes sociales, que hoy son parte esencial de nuestras vidas, y uno de los aspectos característicos de nuestra cotidianidad. Es el momento de acuñar nuevas metáforas: en el 2010 se hablaba ya de “residentes digitales” y de “visitantes digitales”, al margen de su edad, de su geografía... el uso como elemento esencial.

En estos años, los que van de la llegada de los primeros ordenadores personales a los centros de trabajo científico hasta convertirse en pieza esencial de nuestros despachos; de las primera digitalizaciones a contar con el corpus científico (y no solo) más accesible en toda nuestra historia; de las bases de datos específicos a los “big-data”, que permitirán un desarrollo de nuevas fuentes de información, que tendremos que saber evaluar y analizar con novedosas metodologías; de los programas básicos de diseño y maquetación a las proezas de presentación, que cambiarán en los próximos años el modelo visual y sensorial de acceso a la información; de la jerarquización de la información y del conocimiento a la horizontalidad de la misma, con los problemas que nos invaden en el día a día, pues aún no hemos creado estándares de lectura y de creación, como sí lo hicimos con los medios de difusión anteriores... en estos años, repito, hemos sido testigos, pero también protagonistas de uno de los cambios más importantes en nuestra cultura occidental, uno de los cambios de paradigma más sobresalientes que hemos podido experimentar en nuestra vida, en nuestros modos de vivirla y entenderla. Nos ha tocado vivir una época fascinante porque ha sido una época de cambios y de transformaciones para la que nadie ni nada nos había preparado. Hemos aprendido y lo seguimos haciendo a cambiar día a día, a adaptarnos día a día a las nuevas posibilidades y limitaciones que conlleva la expansión mundial de la tecnología digital en todos los ámbitos de nuestro particular universo.

Si lo pensamos, aquellos que nos formamos en un mundo analógico y ahora estamos enseñando en un ámbito digital, somos titanes, hemos tenido que hacer un esfuerzo titánico para adaptarnos a un

nuevo mundo que se ha ido construyendo –y se sigue construyendo– a medida que vamos explorando nuevas posibilidades.

Hemos hecho un esfuerzo titánico para adaptarnos a nuevas herramientas y modos de relación como son las redes sociales; pero también hemos hecho un enorme esfuerzo para difundir y preservar en el universo digital el rico bagaje cultural del pasado, de todo lo construido en el pasado. El nuevo paradigma digital no se ha construido desde la nada, dando la espalda a la tradición de siglos en los que se basa, gracias a nuestro esfuerzo, nuestro empeño de volver digital todo lo que se había difundido y preservado en medios analógicos.

De este modo, el mundo digital, gracias a nuestro esfuerzo de adaptación –que ha de seguir creciendo, o, al menos apoyando los proyectos de los futuros innovadores– es un mundo enriquecido con la tradición anterior. Atrás quedaron los territorios y los enfrentamientos. Hemos sido capaces de crear un espacio de diálogo y de uso común, del que nos debemos sentir muy orgullosos. Y también generosos, sabiendo que el futuro ya es digital y que su forma concreta de desarrollo les corresponde a otros.

3. El futuro: el tiempo de los innovadores

Uno de los grandes retos de los próximos años es transformar toda esta información digital en la que vivimos –la que hemos digitalizado del pasado y la que se genera a cada segundo de nuestra vida– en conocimiento. La realidad virtual, los nuevos modos sensoriales de interacción con las máquinas – donde el ratón y el teclado se han quedado obsoletos– y los novedosos modos de visualización de los resultados científicos así como de los datos, que nos permitirán llegar a nuevas fuentes de información dibujan un mundo que solo podrá ser transitado por los innovadores digitales, por esos jóvenes que han construido su capacidad de comprender el mundo muy lejos de nuestras estructuras educativas tradicionales.

Si el primer cambio de paradigma digital fue el tecnológico, que puso a nuestra disposición nuevos modelos de acceso, difusión y preservación de la información, desde los enormes ordenadores corporativos hasta los ordenadores personales, terminando en nuestros teléfonos móviles, mucho más potentes que la tecnología que nos asombró hace unos veinte años; si el segundo cambio de paradigma fue de uso, cambiando las estructuras de los esquemas de comunicación, en que ni el texto ni el autor se colocaban en el centro, espacio que fue ganando el receptor, en estos años tenemos que estar preparados para un tercer cambio de paradigma: el de la transformación de información al conocimiento, el verdadero cambio, que permitirá diseñar no solo modelos científicos de general conocimiento o acceder al de otras épocas, sino también diseños de nuestros modelos de sociedad, de política, de economía; de relaciones personales e institucionales, en una palabra.

Un cambio que nosotros, los que ahora ocupamos los espacios del reconocimiento a los años de trabajo, no podemos liderar, pero sí que debemos acompañar porque los nuevos tiempos para crear nuevos conocimientos deben anclarse en el conocimiento del pasado, ese que se ha ido transmitiendo y mejorando en los últimos siglos. “La cosa es más loada cuanto más es enmendada”, se decía en el *Libro de caballero Zifar* allá por principios del siglo XIV.

Un buen ejemplo de este cambio de paradigma es el proyecto *Estilometría TSO*⁶, realizado por un prestigioso estudioso de los textos teatrales de los Siglos de Oro, como es Germán Vega y un joven y brillante investigador, conocedor de mil secretos del mundo digital y filológico, Alvaro Cuéllar González. La estilometría es una disciplina que estudia la relación de los textos a partir de algunos rasgos de estilo propio de un autor. Gracias a las posibilidades de la tecnología digital de utilizar cantidades de información impensables en otro medio, se ha afinado mucho esta metodología, que,

⁶ <http://estilometriatso.com/> (fecha de consulta : 29 de enero de 2020).

además, en este proyecto presenta los resultados de una manera muy clara, con mapas de afinidades, que hace todo más visible y comprensible con solo una mirada.

Pero una “mirada” que necesita del conocimiento previo de los textos, de su tradición, de su problemática, de sus limitaciones. Por eso, en este nuevo paradigma digital que se impondrá en los próximos decenios, no debemos limitarnos a la espectacularidad de los modos de representación de la información o a los cantos de sirena de los “big data”, de que el uso de enormes cantidades de información conlleva un acercamiento más preciso al conocimiento, por solo citar dos de los grandes peligros. Está en nuestra mano, en la conjunción de “seniors digitales” y de “juniors digitales”, poner las bases para que este nuevo paradigma digital se realice en conjunción con el conocimiento del pasado y no como oposición o a espaldas de él. Y solo se conseguirá si entre todos animamos a que estos proyectos e ideas de los innovadores digitales tengan una mayor presencia en nuestros centros académicos, proyectos de investigación y congresos, como el que ahora estamos celebrando en Jerusalén.

Como también tendremos que reflexionar de una vez sobre la difusión de nuestro conocimiento científico: ¿hasta cuándo seguiremos dando la espalda a los medios habituales de acceso a la información de la sociedad, como puede ser Wikipedia? ¿Negación o transformación? Pero este es otro debate que nos lleva a terrenos complicados, pues aquí entran de lleno los intereses económicos de las grandes empresas tecnológicas, que tienen un beneficio mucho mayor del presupuesto de todas las universidades o centros de investigación aquí representados.

El mundo actual es ya un mundo digital. Nos guste o no.

Está en nuestras manos que en este mundo digital vayamos más allá de la información y nos empeñemos en trabajar por el conocimiento.

Está en nuestras manos evolucionar o convertirnos en hermosos dinosaurios, que serán una de las atracciones de los museos virtuales del futuro.